

REVISTA

# LA CULTURA CUBANA CON SABOR A *Fresa* y chocolate

REYNALDO GONZÁLEZ

Un filme cubano reciente, *Fresa y chocolate*, de los realizadores Tomás Gutiérrez Alea y Juan Carlos Tabío, arrasó con los premios principales del XV Festival del Nuevo Cine Latinoamericano, en La Habana, se estableció en la isla antillana como un éxito sin precedentes, obtuvo el Oso de Plata en Berlín y otros reconocimientos. El ensayista y narrador Reynaldo González sostiene que el filme es algo más que un exitoso recuento de situaciones ingratas a las que él mismo no escapó y que forma parte de una necesaria revisión de la cultura cubana, para mejor comprender lo que allí significó la intolerancia elevada a política cultural. Con estos párrafos entramos en la dramática esencia de los años más arduos del quehacer de los creadores cubanos durante el eufemísticamente llamado “quinquenio gris”, que en realidad fue una larguísima pesadilla, herida todavía abierta, pues para sanarla no bastan estímulos y reconocimientos burocráticos.

## I. TEMA PARA UN CINEASTA FUERA DE SERIE

*Muchos creen tener a Dios de su lado, otros le piden que les deje estar al lado suyo.— Sabiduría isleña.*

Entre los realizadores filmicos de Cuba que cuentan en los listados del cine internacional está Tomás Gutiérrez Alea. Pero no por obras que satisficieran un gusto establecido desde la moda o los forceps de la distribución, sino por su capacidad para contar historias que resultan significativas. Su obra se integró a un cuestionamiento que dieron en llamar Nuevo Cine Latinoamericano y que lo era porque sus realiza-

dores no se conformaron con seguir alimentando los fatalismos formales y temáticos del cine de rancheros, rumberas y costureristas vapuleadas entre la virtud y el vicio.

Nos habló del burgués desajustado por el impacto de la revolución, en *Memorias del subdesarrollo*, encarnación de las clases media y alta frente al fenómeno social que emergía para derrumbarlas; y del aristócrata esclavista del siglo XIX, en *La última cena*, inmerso en remilgos religiosos que lo llevan a convertir a unos siervos en “apóstoles de Cristo” una noche y decapitarlos a la mañana siguiente. Nos contó la parsimoniosa decadencia involucionista de la burguesía nacional, en

*Los sobrevivientes*, y las ironías que en el siglo XVI engendró la imposición de un ideal que se convirtió en expolio, en *Una pelea cubana contra los demonios*.

Filmes suyos como *Las doce sillas* o *La muerte de un burócrata* son deudores de la irreverencia bautizada como picaresca y que un analista castellano llamara “astucia famélica”, arma popular que burla imposiciones. Con ese material, tan proclive al desliz populista, su obra ha ejercido magisterio artístico, apegada a los recursos que caracterizan al cine de autor, exigencias que no “masajan” sino que inquietan el



Tomás Gutiérrez Alea y Che Guevara durante el rodaje de *Historias de la Revolución*. Fotos cortesía ICAIC (Cuba), IMCINE y Tabasco Films (México), Telemadrid, SGAE y Filmoteca Canaria (España).

hábito de los espectadores. En la cinematografía cubana, vocacionalmente alejada de las corrientes comercialistas, destaca Gutiérrez Alea entre los más dotados para abordar asuntos actuales, incluido el resultado poco feliz de *Hasta cierto punto*, que marcó significados con énfasis atendible, a pesar de que su enjuiciamiento del machismo no alcanzó la eficacia del gran filme cubano sobre ese tema, *Retrato de Teresa*, de Pastor Vega.

Si algo caracteriza a las obras de Gutiérrez Alea es que argumentos con

lindes muy precisas le sirven para explayar razonamientos sobre la historia y sugerir otros contenidos. Se trata de uno de los grandes maestros del cine cubano, junto a Humberto Solás en la ficción y Santiago Álvarez en el documentalismo. No le ha sido ajena la polémica, pues su cine está signado por sus días, vividos con intensidad. Sus recursos, que son los del discurso intelectual contemporáneo, acercamiento y distanciamiento requeridos para que la emoción se rinda al raciocinio, le permitieron moverse con habilidad en temas y problemas que generó un socialismo condicionado por el bloqueo y la dependencia económica, la improvisación y esquemas que el proceso cubano no logró eludir pese a la autonomía de su origen, su liderazgo y las impetuosas juventud y resistencia de la cultura nacional.

De Gutiérrez Alea se podía esperar que entrara en cualquier asunto considerado “problemático” sin acceder al propagandismo triunfalista ni conceder terreno a un escepticismo inconsecuente, dos de los graves peligros que pueden dañar la obra de creación en la Cuba actual. Lo ha logrado con el filme *Fresa y chocolate*, que ahora conmueve la taquilla cubana y deviene punto de debate para intelectuales y, por su clamoroso éxito, traslada a hogares, centros de trabajo y lugares de reunión populares un tema que antes no fue tratado con tan directa crudeza.

Contó con la colaboración de otro realizador sardónico y cuestionador, Juan Carlos Tabío (*La Permuta* y *Plaff*), para trabajar sobre un guión de Senel Paz. Partieron de un relato impugnador y a un tiempo fiel a su condición de obra literaria, *El lobo, el bosque y el hombre nuevo*, del propio guionista. Gutiérrez Alea, Tabío y Paz incursionaban en terreno resbaladizo, para satisfacer demandas largamente postpuestas en el debate cultural de Cuba: la marginación de los homosexuales, la instrumentalización de los prejuicios en un período reciente, pero, también, una intolerancia de mayor hondura, a partir de

idealizadas concepciones sobre el comportamiento de los individuos en la sociedad.

*Fresa y chocolate* narra la difícil amistad entre David, un joven comunista, machista y homofóbico, y Diego, un homosexual de los que nada guardan en el *closet*, una loca, como los califica el argot cubano. En historias paralelas y contextualizadoras se evidencian la doble moral, el dogmatismo político y la recurrencia al contrabando como forma de sobrevivencia en las incómodas circunstancias del bloqueo y de una economía que no alcanza soluciones para la demanda interna.

Los asuntos se multiplicaban, pues el tema no llegaba solo, sino en la madeja que arrastra una convulsión social que se planteó revisarlo todo. El tejido anecdótico y el enfoque debían reflejar las diversas aristas de una problemática donde marginados y marginadores quedaban apresados en la lucha entre la tradición y la necesidad de ruptura, la aquiescencia con cánones heredados y la urgencia por subvertirlos. Entraban en terrenos de una eticidad que se ha formado a golpes de acontecimientos, con no escasos reveses, pero con una voluntad de cambio que ningún bienpensante puede poner en duda.

Cierto que casi toda la obra de los cineastas cubanos se inscribe en esa meditación ética ejemplarizada en anécdotas. Algunas películas recientes subrayan el debate, principalmente las ya mencionadas de Gutiérrez Alea y Vega, *Un hombre de éxito* de Humberto Solás, *Papeles secundarios* de Orlando Rojas, cuentos de *Mujer transparente*, con marcado relieve “Laura” de Ana Rodríguez, *Adorables mentiras* de Gerardo Chijona y la polémica y controvertida *Alicia en el Pueblo de Maravillas* de Daniel Díaz Torres, a la que mucho habrá de reconocer la creación en Cuba, pese a lo enrevesado de su recepción?, otro capítulo, ojalá sea el último, de un serial que puso en peligro la pantalla grande: la intolerancia magnificada.

Si es cierto que la preocupación por una ética que se define en la medida en que halla obstáculos, los mismos que alfilerearon la praxis social, podría definir nuestro cine, también lo es que ha resultado el renglón del arte que en Cuba ha abordado la realidad con más libertad y menos frenos, incluso cuando “vendavales sin rumbo” estremecían la arena cultural con un peso demoledor.

En su estreno habanero y sin que todavía iniciara el pase por provincias, el filme *Fresa y chocolate* ya había roto todos los pronósticos de asistencia, a pesar de que en Cuba el cine sigue siendo pasión de multitudes. “Si como es fácil apreciar”, me dijo un cubanólogo norteamericano de visita en la Isla, “las interminables colas de espectadores suponen el éxito del argumento y del enfoque, constituyen una denuncia de alcance ilimitado porque eleva a tema de mayorías una problemática que nunca se había tratado así. En ese sentido, el filme resulta una convulsión para esquemas discriminatorios largamente reafirmados”. La existencia del filme ya “evidencia que las cosas han comenzado a cambiar con relación a la minoría gay en Cuba”, pero que “las autoridades no pusieron similar celo en borrar los prejuicios hacia los homosexuales, como sí en mejorar la consideración hacia los negros y las mujeres, por ejemplo”.

Tomás Gutiérrez Alea había dado nuevamente con un tema que contaba con la ansiedad larvada de los espectadores. El reto era mayor, en un contexto donde los prejuicios homofóbicos son, o se dan como, parte de la comprensión que la mayoría tiene de los asuntos sexuales en su conjunto. Para los analistas futuros que deseen ahondar en cuestiones supuestamente sobreentendidas de la cultura cubana, el tema merecerá más detenido enjuiciamiento, desde disciplinas cruzadas, para desentrañar lo que tenemos como idiosincrasia, incluidos los cantones fundamentales de la credulidad popular y sus mitos, no tan radicales como se ha deseado, hasta indagar cuántos de los criterios



Escena de la película *Fresa y chocolate*.

homofóbicos han sido injertados y sobrevalorados, cuando no instrumentalizados en diferentes períodos de nuestra historia.

Las demás implicaciones del argumento y lo que se propuso decir Gutiérrez Alea a través de él, como es su costumbre, le aportaban una trascendencia impensada. *Fresa y chocolate* estaba llamado a resultar algo más que un filme fuera de serie. Por el momento prefiero entrar en la contextualización de su anécdota y en lo que significaron para la vida cultural cubana los años setenta en que se instala la amistad del joven comunista en formación y el homosexual salido del *closet*. Y no es añadido caprichoso, pues en el filme se debate, con énfasis comprensible, el destino de la obra artística que reta los caminos estable-

cidos y de la personalidad que ama la cultura propia frente a cánones que se empeñaron en establecerle como idóneos, y excluyentes, para la construcción de una sociedad de nuevo tipo.

## II. ¿"QUINQUENIO GRIS" O PESADILLA DISTENDIDA?

*"El problema es que eso no es literatura. Ahí no hay nada. Sólo consignas. Lo único que faltó fue poner mujik en lugar de guajiro"*. Diego.

Aunque la exigua prensa cubana de hoy sólo ha dedicado gacetillas de promoción a la película, sin profundizar en la significación de su con-

tenido, ya esto dice mucho para quienes saben leer entre líneas. Esos elogios propagandísticos hubieran sido impensables unos años antes, como también la existencia misma del filme. La posición del Gobierno de Cuba, que no acostumbra a establecer debates o declaraciones sobre estos temas, es, obviamente, de rectificación de errores que mucho le han recordado intelectuales y críticos cubanos y extranjeros, y que le granjearon no pocos alejamientos de personalidades que antes eran cercanas.

Resulta explícito, dentro de las estructuras de producción y distribución cinematográficas cubanas, que de no contar con la aprobación gubernamental no hubieran sido posibles la realización y proyección de un filme como *Fresa y chocolate*, que no se resigna a narrar una historia sino que enjuicia procedimientos. Quedan claras dos cosas: existe porque cuenta con la aprobación gubernamental y significa que algo está cambiando en Cuba, pese al inmovilismo que insisten en atribuirle sus adversarios y en el que gustarían solazarse no pocos de sus gestores, por el *horror vacui* provocado ante los insoslayables cambios. No pocos observadores anotan esos datos y comprenden el interés del Estado porque tales temas queden resueltos o, al menos, que las mayorías alcancen comprensión hacia ellos.

En el anterior Festival de La Habana, y dirigido por el cubano Pastor Vega, el mismo que hace una década lanzara un contundente alegato a favor de las mujeres frente al machismo, *Retrato de Teresa*, su filme *Vidas paralelas* tocó el asunto de las dificultades de los homosexuales frente a la intolerancia. Uno de sus personajes era un gay que emigró a Estados Unidos para vivir con más holgura, sin hallar la ansiada felicidad. Lo esperaba la paradoja de una vida sin ocultamientos, pero al precio de asumir un sofisticado gheto. En otro filme cubano de éxito, *La Bella del Alhambra*, de Enrique Pineda Barnet, un personaje homosexual ganó la piedad de los espectadores. Se trataba del patético

comodín de la vedette de éxito, su incondicional entrega entre bambalinas.

Pero han sido raras las ocasiones en que miembros de la minoría gay resultaron retratados con simpatía, más allá de una caricatura complaciente con los criterios machistas imperantes. *Fresa y chocolate* supera la referencia contextual y deviene índice acusador de la intolerancia en su sentido más amplio. Cala con una profundidad sin precedentes y, dadas las líneas argumentales sabiamente entrelazadas, nos propone una reflexión que va más allá de las angustias de una comunidad marginalizada.

Resulta trascendente, en un país donde el machismo y los prejuicios antihomosexuales no fueron disminuidos sino enconados por hechos que desde otras orillas historian con persistencia, que muchos espectadores heterosexuales se identifiquen con el personaje gay y terminen conmovidos cuando el joven comunista y “la loca” se abrazan, en un final que no deja indiferente a nadie. Esto lo narra un filme cubano, luego de una praxis nada amable, sin soslayar que el prejuicio hacia los homosexuales y las medidas en su contra dañaron nuestra vida cultural y crearon un clima de inseguridad y desconfianza.

El asunto llegó a su extremo en la década de los setenta, cuando fueron despedidos de sus trabajos muchos actores y directores de teatro y se sometió a una criba a quienes se relacionaban con el público o con niños y jóvenes en formación. La marginación apelaba a “parámetros” morales y de confiabilidad sancionados por un Congreso que comenzó siendo de Educación y terminó como de Educación y Cultura (inicios de 1971) para devenir amargo recuerdo en la esfera intelectual. La purga conmovió aulas universitarias, la esfera editorial, las oficinas públicas vinculadas a la vida cultural y educacional, y todo se implicó con resortes políticos hasta un punto en que orígenes y motivaciones



Escena de la película *Fresa y chocolate*.

terminaron confundidos cuando ganó una significación que marcó drásticamente el movimiento cultural en su conjunto.

El teatro cubano, por ejemplo, que tenía un nivel envidiable para los países latinoamericanos y debía su auge al patrocinio del gobierno, todavía no se recupera de los efectos de aquella política, pese a los esfuerzos y la voluntad de la administración cultural actual. Otro tanto padecieron escritores notables, cuyas obras ya no fueron las mismas, aunque luego se quiso rectificar la política seguida con ellos.

Algunos casos ganaron connotación, como el del mayor poeta lírico de Cuba, José Lezama Lima, quien pagó con el ostracismo el éxito internacional de su novela *Paradiso*, donde abundan referencias a la homosexualidad. De vicepresidente de la Unión de Escritores pasó a ser “no miembro”. De un manojito de libros suyos publicados con motivo de su sesenta aniversario, al más amargo silencio, sin que por ello le

faltara el respeto de quienes obviaban las contingencias epocales y reconocían su trayectoria y sus dotes de gran poeta de la Isla, pero nada podían hacer para evitarle un destino anunciado.

El más significativo dramaturgo cubano del siglo XX, Virgilio Piñera, atravesó un período de hostilidad y silencio similares, hasta su muerte. Sus obras pasaron a la gaveta de lo que resulta inoportuno. Su vida se vio accidentada en extremo. Ahora quedan sus dolidos textos inéditos y su correspondencia privada, que sacan a la luz los investigadores literarios, en estudios y eventos que lo toman como centro.

Detrás de esos dos grandes nombres, otros escritores se vieron forzados al silencio. Constituyen una larga nómina. Son talentos notables, en un país donde la creación y el arte parecen tener terreno privilegiado. Pasaron a labores anónimas en editoriales y bibliotecas. Algunos se resintieron en su producción, desestimulados y amargados.

Otros se fueron al exilio. Eran los tiempos en que desde posiciones de conducción cultural intentaban imponer los moldes del “realismo socialista” del Este europeo, con menosprecio de la rica cultura autóctona.

Los escritores cubanos tenían una tradición occidental enraizada en sus propios mitos regentes: Lezama Lima, Virgilio Piñera, Alejo Carpentier o Nicolás Guillén, este último autor de elegías y cantos adscritos a la militancia comunista, pero sin posible paragón con los esquemas doctrinarios del “socialismo real”. Los pintores siguieron mirando con admiración a sus propios maestros: Wifredo Lam, René Portocarrero, Amelia Peláez y toda una pléyade que mantuvo una contemporaneidad vinculada a las escuelas más avanzadas, incluida una enraizada y libérrima tendencia del expresionismo abstracto que daba lecciones desde la Isla, en la que sobresalía Raúl Martínez y que por largo tiempo, luego, superando el desprecio a que se vio sometido, fue el iconógrafo de la revolución.

Poetas y narradores acudieron a sus propias raíces para soslayar aquellas imposiciones y salvo unos pocos oportunistas y paniaguados, cerraron filas frente a la agresión. La sabiduría y la intuición les ayudaron, pero en los organismos que regían y valoraban la cultura predominaban cánones dogmáticos alimentados por el arribismo, en una sociedad eminentemente centralizada. El prestigio, e incluso las ocasiones de publicar o mostrar sus obras, sólo podrían llegarles de aquellas esferas, pero para ellos, como para el mítico personaje de Kafka, la puerta estaba cerrada. Aunque amaban el proceso revolucionario y le habían jurado fidelidad, se veían agredidos por quienes detentaban la autoridad. Con pesar se sometieron a un involuntario exilio interior, lo que fue un drama y ninguno pudo vivirlo como farsa.

Había llegado el momento del “tapaboca revolucionario” y de los ávi-

dos “talentos” emergentes que ocuparon posiciones al frente de las instituciones. No se trataba solamente de quienes arribaban a la gestión social por elemental orden cronológico, sino de avezados pescadores en aguas revueltas. Comenzaron a regir la literatura, el teatro, la música o las artes plásticas, para ejercer un oficio que entendían como disciplinada y severa obsecuencia y, ni cortos ni perezosos, aprovecharon su “hora y momento” para imponer “creaciones” traslúcidas, sin gravitación ni sombra, pero muy ajustadas a la receta epocal. No faltaron zares y zarinas criollas al imperio del realismo socialista en versión para andar por casa, corte a la que se sumaban sucesivos aspirantes al cetro y hasta bufones de turno, todos con pasión de recién conversos a una “verdad” llegada del Oriente, como el sol al alba.

Las publicaciones culturales cubanas, donde antes señoreó la obra de los autores nativos, fueron colmadas de traducciones del benéfico Este europeo. Las de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba se inventaron una “escuela cubana de traducciones de los países socialistas”, en números monográficos que querían resultar ejemplarizantes y quedaban en parodia doméstica de la antología de la infamia. Asistimos a una patética cruzada contra “la blandenguería”, es decir, la flojera de comportamiento, el “extranjerismo” —si copiaba al corrupto occidental, pues hasta el mapamundi se leía al revés y ahora Cuba no era occidental como Dios la hizo—, en caminos que se extrapolaban elevando lo contingente a plano definitorio. Nunca se teorizó tanto sobre el arte ni se promovió menos el arte verdadero entre nosotros.

### III. AUSENCIA NO QUIERE DECIR OLVIDO

Hoy todo aquello se recuerda como pesadilla transitoria, pero demasiado reciente para merecer olvido. Pese a la voluntad de conductores avisados que debieron eclipsarse o no fueron escuchados en la arremetida, nadie puede pedir que se ignore el impacto de aquel período

y su inevitable secuela. La política cultural cubana ha tratado de rescatar a los escritores que teniendo obras significativas se vieron impedidos de publicarlas. A quienes murieron se les invoca y rinde homenaje, siempre con un sabor agrí dulce por la incomprensión que cercó sus últimos años. A los que permanecieron en el país y persistieron, los desempolvan, les publican y otorgan distinciones honoríficas. En el fondo, y como valor inmanente, cuentan con su persistencia y una fidelidad más que probada a los valores culturales autóctonos.

El caso más dramático de exilio y suicidio fue el del narrador Reinaldo Arenas. Sus últimos libros devienen alegato y testimonio lacerante, aunque tocados por su imaginación desmandada, donde se confunde realidad y fantasía con una comprensible paranoia. Un escritor que se acogió al exilio y también se suicidó, Calvert Casey, ha merecido un reciente despliegue rectificador en la misma revista *Unión* donde publicó su último texto en Cuba, relato de título irónico: “Adiós y gracias por todo”.

No escapa a ningún observador que esto es un signo de cambio, entre otros, y que se vive en la actualidad una atmósfera de revisión y saneamiento necesarios, de la que forma parte el filme *Fresa y chocolate*. En los últimos años se aprecia la intención de mirar con cierta amabilidad y justicia a algunos escritores exiliados, antes reducidos al status de “no personas”, o a los controvertidos que permanecieron dentro. En ese camino, cosas curiosas ocurren, no siempre de fácil explicación.

El narrador y poeta Severo Sarduy, muerto recientemente en París, ha recibido su baño de santidad *post mortem*. Pero del dramaturgo que se tiene como el mayor de Cuba después de Piñera, José Triana, radicado en Francia, si bien lo mencionan con elogios cuando repasan el repertorio de la Isla, sus obras no han vuelto a escena, ni siquiera su obra fundamental, *La noche de los asesinos*, para muchos la más logra-

da parábola de la necesidad de un cambio drástico para reiniciar la vida, o sea, la convulsión genésica de una revolución. Mientras, un escritor muerto en un exilio donde involucionó de gran innovador de la narrativa cubana a propagandista de un revanchismo sin futuro, Lino Novás Calvo, mereció una muy cuidada y encomiada edición de sus relatos, lo que nadie puede regatearle pero asombra frente al continuado silencio dado a otros narradores cubanos exiliados, de dimensión insoslayable.

También en esa vía, un hecho significativo ocurrió el reciente 26 de enero, en la Universidad de La Habana, institución que en el período negro ejerció con particular minuciosidad la discriminación hacia escritores que no cumplían los “parámetros” del dogmatismo, los borró de sus planes de estudio o los encasilló en las más ingratas calificaciones. El crítico José Prats Sariol ocupó un aula, frente a un auditorio nutrido, para encomiar a uno de los grandes poetas vivos de Cuba, Gastón Baquero. La variante radica en que Baquero vive en Madrid desde principios de los años sesenta y no cesa en sus ataques a la Revolución Cubana en la prensa de España y Estados Unidos. Ahora se trataba de elogiar y valorar a un disidente notable, sin excluir menciones a su disidencia, pero encareciendo sus excelencias literarias.

En ocasiones se asiste a un zig-zag desconcertante. Pero no habrá que pedir demasiado en esta marcha de rectificaciones, y menos con los ausentes. Para mencionar un caso notorio: el dramaturgo Antón Arrufat, residente en Cuba y que en 1968 entró en conflictos por una obra teatral que los censores consideraron irreverente, *Los siete contra Tebas*, no ha visto su teatro en la escena por más de veinte años, aunque le publican sus libros y no le escatiman distinciones y premios. Todo esto puede considerarse como tanteos propios de un proceso donde los lineamientos u “orientaciones que bajan”, como las califica el argot popular, pasan por la voluntad de funcionarios de turno, por

contingencias que todavía no hallan fácil esclarecimiento o, simplemente, improvisaciones e iniciativas inconsultas, si caben.

El Estado ha incluido en la lista de los honorables a quienes ayer marginó, siempre con mucha cautela y luego de distendidas reconveniones. Sin embargo, si se soslaya un debate que analice y cierre cuanto significó el período nefasto, lauros y medidas de reconocimiento no bastan a sanar lo dañado. Es una demostración de que en el cuerpo cultural se puede herir por decreto, pero la misma vía no alcanza a curar las heridas.

En coloquios y en la prensa especializada, que por las circunstancias de crisis tiene tiradas pequeñas y una atrabiliaria distribución, ya se habla de lo que críticos benévolos denominan con el eufemismo de “quinquenio gris” y que en la práctica fue una larguísima década. Sitúan el punto álgido entre 1970 y 1976, año en que nació el actual Ministerio de Cultura. Otros consideran que la sola existencia de esa institución y los pasos dados para rectificar la situación heredada, no significaron, como se desearía, un revés definitivo de las adversidades que atravesaban los protagonistas de la cultura cubana, sino el inicio de un cambio que en términos culturales se podrá apreciar con el tiempo y es muy temprano para exaltaciones.

En aquella década “gris” se sitúa la anécdota de *Fresa y chocolate*. Sus dardos críticos trascienden las pesadillas de los personajes, atacan el mimetismo cultural, que fue extranjerismo de nuevo cuño, bajo posiciones políticas sacralizadas y salen en defensa de la cultura cubana, encarnada por el personaje homosexual. Algunos momentos de fineza crítica tratan ese tema, cuando el joven comunista padece la “intoxicación” soviética inoculada por la desmesurada exaltación propagandística, lo que motiva la burla homoesexual, acendrada en la cultura propia.

Según me declaró un cineasta cubano conmovido por el trabajo de sus colegas, “es difícil que en tan poco tiempo alguien logre decir más y mejor las cosas que tanto nos han preocupado”. Otro cineasta, que debió afrontar las inclemencias de dogmas hostiles a la creación y de coyunturas que convirtieron una obra suya en munición de batallas ajenas al arte, dijo que “vale la pena haber vivido estos años para ver una película cubana que se propone este acto de justicia”.

Lo que se podría considerar una comunidad gay de Cuba, que no cuenta con organizaciones representativas, como en otras partes del mundo, ha recibido el filme con alegría, pues representa una reivindicación. Sin embargo, reconocen que el asunto requerirá un esfuerzo mayor, colectivo, contra los prejuicios enconados por el elemental machismo. Es fácil comprender que unos y otros no aluden solamente a la anécdota del filme, sino a todo un proceso de revisión necesaria, pospuesta por demasiado tiempo.

Ese sentimiento ha marcado la recepción de la película. Unos se ven reflejados en la pantalla. Otros reconocen los problemas de gente cercana a ellos. Agradecen que sin que resulte un pesado alegato político más, los realizadores hallarán la forma de abordar tantos asuntos desde un argumento central. Esto no podían hacerlo “orientaciones” de la administración cultural, y mucho menos de la prensa, en las actuales circunstancias cubanas. Lo empieza a hacer el arte, de la literatura a la canción, y es comprensible que lo haga con mayor énfasis el cine cubano, donde las tendencias extremistas y populistas tuvieron un esforzado freno.

Una muestra de cómo los problemas que describe y enjuicia *Fresa y chocolate* han sensibilizado a los creadores cubanos, que ahora se estremecen ante la pantalla y junto a quienes colman la taquilla en lo que ya se ve como hito en la historia de nuestro cine, es la canción de

Pablo Milanés, fechada en septiembre de 1993 e incluida en un disco reciente:

EL PECADO ORIGINAL

A Lázaro Gómez

Dos almas

Dos cuerpos

Dos hombres que se aman  
van a ser expulsados del paraíso  
que les tocó vivir.

Ninguno de los dos es un guerrero  
que premió sus victorias con mancebos.

Ninguno de los dos tiene riquezas  
para calmar la ira de sus jueces.

Ninguno de los dos es presidente

Ninguno de los dos es un ministro.

Ninguno de los dos es un censor de sus  
propios anhelos mutilados...

Y sienten que pueden en cada mañana  
ver su árbol,  
su parque,  
su sol,  
como tú y como yo...

Que pueden desgarrarse sus entrañas  
en la más dulce intimidad con amor  
así como por siempre hundo mi carne  
desesperadamente en tu vientre  
con amor también.

No somos Dios.

No nos equivoquemos otra vez.

El filme *Fresa y chocolate*, con sus flechas disparadas a todo tipo de intolerancia, llega cuando la conciencia colectiva de los cubanos ha madurado y rechaza elementos que pretendieron injertarle, pero no ger-

---

REYNALDO GONZALEZ (Cuba 1940). Narrador, ensayista y periodista. Fue el redactor jefe de las revistas *Pueblo y Cultura* y *Revolution et/and Culture*, génesis del actual órgano del Ministerio de Cultura cubano. Es el director de la Cinemateca de Cuba.

Su obra en libros: *Miel sobre hojuelas* (cuentos, 1946); *Siempre la muerte, su paso breve* (novela, Premio Casa de las Américas, 1968, de la que existen ediciones en francés, Gallimard, alemán, polaco y varias en castellano); *La fiesta de los tiburones* (relato testimonial, 1978, con edición en Alfaguara); los libros de ensayos distinguidos cada uno con el Premio de la Crítica de Cuba:

minaron. El analista de todo esto, cuya salida a escena se espera con ansiedad, habrá de indagar en el panorama actual, entre publicaciones y eventos culturales, los síntomas que marcan un cambio saludable. Ya no hay revista especializada ni acontecimientos de la cultura cubana que no apunte a esa rectificación largamente esperada, y es preocupación compartida que no cese y enrumbe a rectificaciones perdurables. Sin acceder a propagandismos explícitos, la misma Unión de Escritores y Artistas de Cuba, institución que ayer no supo obviar las tendencias torcidas y contribuyó a enflaquear a la cultura cubana quedándose sin nombres trascendentales, ha iniciado, desde sus revistas, esta marcha para poner al fiel los platillos de la balanza, lo que será de agradecer.

El éxito de taquilla de *Fresa y chocolate* es el sello de autenticación de sus planteamientos, desde las mayorías de Cuba, que son más ilustradas que otras y han aprendido una suspicacia política para leer y no sólo consumir. Pero observa con mirada miope quien sólo ve un asunto gay en el abrazo de David y Diego, o quien se solace en su propia trayectoria y por cantarle al árbol inmediato pérdida de vista el bosque. Bienvenido el actual momento de crisis si promueve la revisión de los valores imperantes en la vida cubana y una irrecusable reafirmación de la identidad nacional. En ella deben caber todos los sabores, es decir, las opciones y las interpretaciones.

*Contradanzas y latigazos* (1983), *Lezama Lima, el ingenio culpable* (1989) y *Llorar es un placer* (análisis de las telenovelas latinoamericanas, 1990). En proceso editorial: *El bello Habano* (ensayo de interpretación histórica del tabaco), *Cuba: antecedentes penales de una isla* (ensayo) y *El cielo a que me tienes sometido* (novela). El cuento "La mujer impenetrable", recogido en esta edición, ganó el Premio Juan Rulfo, París, 1993. Ha dictado conferencias en universidades y centros de cultura de Estados Unidos, Francia, Italia, Alemania, Polonia, España, México, Chile, Uruguay, Hungría, Venezuela, Nicaragua. Sus textos se publican en revistas especializadas de Europa y América.